

## GONZALO ITURMENDI



Además de su actividad profesional como abogado, también en su juventud fue director y actor de teatro durante diez años y colaborador habitual en espacios radiofónicos. Recientemente le presentaban en una conferencia en La Coruña diciendo: «El profesor Iturmendi goza de esas virtudes tan apreciadas a cualquier nivel como son prudencia y templanza, basadas en la fortaleza de la justicia y guiadas por una sensibilidad poco común. Su contundencia es una inteligente persuasión».



## EN CLAVE DE SOL

Era media tarde del crudo invierno del año 1864 cuando, aún a pesar de no esperar a nadie, solté las partituras para dirigirme a la puerta de casa, ante los insistentes y sonoros aldabonazos de la visita inesperada. En el umbral apareció una anciana gitana vestida de negro de los pies a la cabeza. La señora hablaba un dialecto desconocido con expresiva palabrería, pese a ello pronto adiviné su intención de venderme el contenido de un saco renegrido repleto de objetos diversos, todos ellos pequeños restos que bien podían ser muestras de enseres y despojos de una batalla reciente. Aquella inesperada buhonera ensalzaba con gestos exagerados las cualidades de su mercancía. Sentí curiosidad por la oferta de la vieja vendedora, debo reconocer que tengo una afición por los relojes de bolsillo, esa querencia me llevó a pensar que podía haber algún reloj interesante para mi colección entre aquellos enseres. No quise mostrar excesivo interés por la oferta de la vendedora, por lo que la invité a posar en el suelo el contenido del saco sin cruzar la entrada

de la casa, cogí mi bastón y removí sin agacharme la mercancía desplegada en el suelo con gesto displicente. Pronto descubrí un reloj de bolsillo entre el revoltijo de objetos, no era un reloj cualquiera, destacaba en su esfera el signo de la clave de sol, aquello atrajo todo mi interés, era mi objeto deseado, desde luego, pero aquel reloj estaba rodeado de quincalla, galones militares, botones de casacas, piezas inservibles de armas, correas de uniformes, alguna condecoración militar y varios documentos manuscritos repletos de polvo que permanecían alojados en el fondo del talego a modo de improvisado envoltorio.

Mi deseo de adquirir el reloj tropezó con la negativa obcecada de la vieja, quien me hizo ver claramente que no estaba dispuesta a vender el reloj por separado, ya que su interés era deshacerse de todo aquello por un precio justo para ella, de manera que, o bien compraba la mercancía completa del saco o me podía despedir del reloj. Después de regatear entre aspavientos, sonidos guturales y todo tipo de gesticulaciones, tras un cálculo apresurado, llegué a la conclusión de hacer mi última oferta por todo el lote, a sabiendas de que mi interés real era solo por el reloj, lo que me obligaría a desprenderme del resto de objetos, pues de lo contrario no habría acuerdo con la tozuda señora.

Le entregué el dinero acordado y ella empujó con cierto desdén el desvencijado saco hasta el interior de la casa. Cerré la puerta satisfecho por el trato, el idioma no resultó inconveniente —pensé—, al contrario, los gestos empleados en la breve negociación fueron suficientes para alcanzar un acuerdo satisfactorio para ambas partes, algo así acontece cuando existe interés real en comprar y vender algo, pero contuve el deseo de revisar la mercancía adquirida, se había hecho tarde, la noche estaba encima y aún debía terminar la composición de la partitura en la que venía trabajando durante toda la jornada.

Al amanecer del día siguiente decidí revisar el contenido del saco. Me detuve con detenimiento en cada uno de los objetos, arrojando al cubo de la basura prácticamente todo, hasta llegar al reloj deseado que cogí en mis manos como si de un pequeño tesoro se tratara. La pieza prometía encajar en mi discreta colección. A pesar de la suciedad que la cubría, deduje que el reloj era de plata al frotarlo con un trapo, tenía la inscripción justo debajo del signo de la clave de sol que me resultó familiar, Carl Nielsen, es posible que fuera el nombre de su anterior propietario, debajo de aquella inscripción apenas se adivinaba entre la mugre el año de fabricación, 1855. El reloj permanecía parado, la cuerda estaba rota, sus manecillas marcaban las cinco.

No pude impedir que mi imaginación se desatara. ¿Quién sería Carl Nielsen? ¿Cómo habría llegado aquel reloj a compartir su destino entre tantos restos sin valor? Imaginé las circunstancias que habían traído hasta mi casa aquellos maltruchos enseres militares.

Quizás se trataba de restos de un enfrentamiento militar, objetos perdidos de los soldados o caídos durante una escaramuza, a tenor de los vestigios que analizaba con minuciosidad, quien sabe. Es posible que alguien los hubiera recogido del campo de batalla a su término y que la vieja vendedora se hubiera hecho cargo del lote con intención de venderlo.

Reconocí fácilmente la nacionalidad danesa de todos los objetos por leves signos distintivos, pero en realidad, podían ser de cualquier bando.

Por aquel entonces, la batalla más próxima a mi casa estalló en la localidad de Heligoland, en el mes de mayo de 1864. Apenas habían transcurrido cinco meses desde entonces, pero, desde luego, era tiempo más que suficiente para enterrar a los muertos y recoger los pertrechos abandonados en el escenario de la contienda. La batalla final de Heligoland se produjo tras un largo asedio de trincheras en lo que fue

la última contienda de la II Guerra de Schleswig-Holstein, que enfrentó a las tropas prusianas, con Bismarck y Moltke al frente, con el ejército danés. El conflicto armado desembocó en un desastre completo para el ejército danés, con la pérdida de un tercio del territorio que pasó a manos prusianas. Aquellos restos podían ser perfectamente de aquella batalla, quizás alguien los recogió, se los entregó a la gitana o quizás fuera ella misma quien los encontró entre las trincheras, los agrupó hasta que el destino hizo que llegaran a mis manos.

Al recomponer el posible periplo de aquellos objetos sentí una cierta veneración por todos ellos, aquellos eran signos visibles del sufrimiento que debieron padecer los soldados implicados en el enfrentamiento. Había terminado la revisión de todos los objetos cuando sentí el impulso de no leer los documentos del saco, para centrarme en la limpieza minuciosa del reloj. Sin embargo, fue precisamente el respeto por todo aquello lo que me hizo superar la tentación de arrojar los documentos a la basura sin leerlos.

Aquí llegó mi gran sorpresa, la respuesta a mis especulaciones.

Entre los papeles descubrí uno cuya lectura me conmovió. Era la carta manuscrita de un soldado que desvelaba la solución de todas mis especulaciones.

*Despedida.*

*Cuando todo ocurra en silencio, cuando llegue el momento de partir, ojalá os encontréis en paz sin deudas pendientes que saldar.*

*En unas horas no habrá nada más que hacer, tan solo alzar los brazos en señal de rendición, soltar todas mis armas, la estéril careta de soldado raso que arrastro estos días y esperar el desenlace final.*

*Es de noche, tengo frío, no puedo dormir. Escribo a mis hijas Agnes y Sofie esperando que alguien encuentre la carta y se la entregue en mi casa de Odense. Antes del amanecer estallará la última batalla, no puedo salir de aquí, esto es una ratonera, intuyo que la*

*verdadera puerta escondida durante años está ahora muy próxima, quizás la traspase hoy, tengo miedo. He perdido la noción del tiempo mientras escribo esta carta, acabo de dar cuerda al reloj y la he saltado, ya no funciona, el reloj se ha parado a las cinco de la madrugada, no consigo ponerlo en marcha.*

*Queridas hijas, buscar entre los papeles del escritorio de mi alcoba unos documentos que os asegurarán la economía en este trance. Espero que perdonéis al enemigo, como yo, ningún soldado del mundo tiene la culpa de la guerra. Perdonar porque ya hay suficiente dolor en el mundo y preservar siempre la esperanza hasta el último momento.*

*Si lo hacéis con el corazón limpio descubriréis en vuestro interior la casa, el huerto, los árboles... y hasta un pequeño punto de encuentro en el universo que es de todos, como la música a la que tanto amé en mi vida, el hogar cálido donde los humanos seamos capaces de reconocernos los unos a los otros, auténticamente, tal como somos, sin contar lo que tenemos.*

*No habrá entonces viento capaz de quebrar el sosiego de esa paz.*

*Que así sea, una vez más, en el anochecer donde nadie permanezca indiferente ante la guerra y el sufrimiento de los demás. Os quiero.*

*Carl Nielsen, Heligoland, 9 de mayo de 1864.*

Al terminar la lectura de la carta me quedé paralizado. Jamás pensé que unos simples objetos fueran capaces de componer una historia tan emocionante, una experiencia que ahora empezaba a comprender, después de recomponer el rompecabezas de aquellos vestigios. El sol de invierno entraba enérgico tras los cristales de la casa, permanecí ensismado sujetando en una mano el documento y en otra el reloj de bolsillo, con la mirada perdida en el contraluz marcado por el polvo en suspensión de aquellos pertrechos, una estela caprichosa que por unos instantes parecía dibujar el signo de la clave de sol suspendida en el espacio.

Debía cumplir el deseo del autor del manuscrito, encaminarme sin dilación rumbo a Odense, conocer a Agnes y Sofie, las hijas de Carl Nielsen, hablar con ellas, narrar cómo había llegado la carta de su padre hasta mis manos y entregarles el reloj de bolsillo de su padre, la maquinaria herida en la batalla con el signo de la armonía que se detuvo de forma trágica en medio de una guerra sin sentido.